

El desamparo del desamor: A propósito de la depresión en la infancia



MYRTA CASAS DE PEREDA

Dionisio ya no tenía mucho miedo, ni sueño,
ni dolor de garganta, ni resignación,
ni futuro, ni presente, ni siquiera pasado,
porque hasta el hecho de que
su madre no volviera ya no tenía sentido.
Había entrado en él otra fisura de la realidad
y se movía, de un lado a otro,
como se mueven las ramas de un árbol.

«Lloverá siempre», Carlos Denis Molina

INTRODUCCIÓN

Desde el desamparo-indefensión del recién nacido se constituye ese concepto bifronte que marca, de un lado, las carencias en el campo del otro (lo que no ampara) y del otro, la fragilidad del sujeto en cuestión (indefensión). Momento paradigmático el del nacimiento, hace recaer todo el peso sobre el otro para la sobrevivencia. Mediatizado a lo largo de la infancia, se mueve la incidencia de uno y otro aspecto del concepto.

Amparo implica otro que rodea y remite a todo aquello del orden de la realidad efectiva que protege de las fuerzas exteriores, del posible daño. Y, al mismo tiempo, implica en el orden de la vivencia (fantasía) la necesidad expresa de un afecto, del compromiso libidinal del otro en esa función de cuidado y protección. Desamparo queda así muy próximo (también en su etimología) a desamor, desamparado, des-amado. Dimensión imaginaria esencial en la Depresión, en su mala articulación con lo Real y lo Simbólico.

La niñez tiene, en la magia, la omnipotencia, la ilusión, cierto «abrigo» para el desamparo que implica su indefensión. Es el aspecto narcisista que juega en esta vivencia; el lado estructural radica en la constitución del objeto perdido para posibilitar la trama del sujeto de deseo. Esta aceptación de la pérdida hace presente, o hace imprescindible, al otro en su función simbólica. Esto se podría formular también de este modo: para que haya aceptación de la pérdida, tiene que mantenerse el amor del objeto (no al objeto, sino del objeto). Es decir, desde el otro (función materna) surge un elemento simbólico (frustración) en un contexto libidinal presencial del amor del otro, elemento imaginario.

La infancia es un periplo lleno de adquisiciones y pérdidas en su evolución libidinal, borde donde el narcisismo constituye el yo, así como es constituido en las pérdidas narcisistas que implican la elaboración o aceptación de la *frustración* (y *privación* y *castración*), o todo el juego de separación-constitución del sujeto. Y este «lugar» de la estructura trabajará a pleno en el espacio-tiempo de la infancia.

La importancia del mecanismo de la *desmentida* en la infancia, como lo subraya Freud, habla de esa función yoica en pañales, de ese registro de lo imaginario predominante (eje narcisista de la relación dual) donde está en juego la configuración de los ideales y el avatar imaginario de las identificaciones. Y se vuelve de singular importancia aquí la función simbólica ejercida por la madre. Dispone de la omnipotencia, de la negación, de la *desmentida* para manejarse con la *frustración*, *privación*, *castración*. El mal encuentro con la función materna fallante promueve la adhesión al otro para no enfrentarse a la angustia ante la ausencia. Modos que hablan también de duelos fallidos, o de mal procesamiento del duelo que es, a su vez, un elemento (o un modo de articulación) fundamental en la constitución del deseo.

En la perspectiva que desarrollo en las páginas siguientes, se plantea que los momentos depresivos de la infancia, frente a la angustia que implicaría ese contacto con el desamparo del desamor, desencadenan o promueven un corte, una interrupción, una desconexión «salvadora». El concepto freudiano de inhibición ayuda a perfilar los elementos clínicos, inhibición que consideramos en un doble registro, y en ambos surge el desamparo.

Un primer sentido es la disminución o el bloqueo de simbolización, anonadamiento para el sujeto del inconsciente en la paralización de la cadena significante. Desvalimiento psíquico. ¿Desamparo de la no disponibilidad simbólica?

En ese instante de silencio psíquico, el acto sustituye el sentido que debería circular en la cadena donde discurre el deseo. Se coagula en un momento de lo real y aparecen haceres, acciones sin poder simbólico más que para el que las pueda «oír». Testimonio del desamparo que convierte al niño en un llamado, en un reclamo pesado para el otro. Y el acto es a su vez testimonio del desamparo, ahora un acto. Es el segundo sentido que señalé antes, expresión clínica de la *depresión* de una caricatura agrandada del reclamo y del señalar al otro su rol fallido. Acoso al otro, señalándolo en su función carente, con la exigencia de cuidado, el exceso de la dependencia. Pensemos en la imagen de un niño perdido o de un niño desesperado de angustia como evocadora de este desamparo.

Estas consideraciones surgen a propósito del presente desarrollo acerca de la depresión que fue realizado para el simposio sobre Etiología de la Depresión.¹

Aunque la *depresión* y el *pasaje al acto* del suicidio melancólico están impregnados de esa cualidad particular del afecto, la depresión que consideramos no sería un afecto en el sentido de un «desplazamiento simbólico, sino el resultado de un empobrecimiento simbólico», como señala Cottet (1985). Intento, pues, una reflexión desde esta perspectiva, donde la vivencia o el acto dan cuenta de un *desfallecimiento de la estructura*. «El efecto depresivo atestigua de la estructura de la experiencia y no de la del sujeto» (Freud, 1892-1899).

Y esa presentificación de *experiencia*, que da cuenta de la depresión infantil, está signada por dos modos de expresión: un *fondo depresivo*, donde el matiz afectivo marca un modo inhibido de contacto, su hacerse cargar por un otro, y por otro lado la *irrupción de actos, conductas*, que abarcaría desde el *acting-out* hasta el *pasaje al acto*.

1 7.º Congreso Internacional de Psiquiatría Infantil, diciembre de 1987, Montevideo.

Formas del hacer, formaciones marcadas por la impronta de una acción, actos descolgados del lenguaje verbal, en los que el sinsentido irrumpe y golpea al otro, y en los que se vuelve tan esencial la realidad transferencial para restituir posibles sentidos. Ruptura del discurso, corte del sentido, «puesta en acción objetal» (dice Nasio, 1987), detiene la relación vincular, ya sea como llamado al otro en el *acting-out* o como hecho radical, a veces terminal, en el pasaje al acto.

Actos y no síntomas de los que, como suspensiones pasajeras o definitivas del proceso de pensamiento, tratamos de dar cuenta.

Elementos puntuales, como expresiones de fallas del proceso de estructuración, puestas en escena de procesamientos fallidos, en los que aparece un significado similar en todos los marcos referenciales: *dolor por el desamor*.

Tomo una perspectiva estructural, enlazando algunos hilos que Freud nos tiende. Nos dice Freud en este hermoso trabajo que llama *La transitoriedad* (1892-1899):

El duelo por la pérdida de algo que hemos amado o admirado parece al lego tan natural que lo considera obvio. Para el psicólogo empero, *el duelo es un gran enigma*, uno de aquellos *fenómenos* que uno no explica en sí mismos pero a los cuales reconduce otras cosas oscuras. (destacado mío)

Aunque todo lo vivo cesara sobre la Tierra, *el valor* de eso bello y perfecto estaría determinado únicamente por su significación para nuestra vida sensitiva; no hace falta que sobreviva y es por lo tanto independiente de la duración absoluta. (destacado mío)

«Es la revuelta anímica contra el duelo lo que devolvió el goce de lo bello», dice Freud, y se pregunta: «¿Por qué ese desasimiento de la libido de sus objetos habría de ser un proceso tan doloroso? No lo comprendemos. [...] Solo vemos que la libido se aferra a sus objetos, y no quiere abandonar los perdidos, aunque el sustituto ya esté aguardando». Eso entonces, es el Duelo.

«Aquello que tiene valor por su significación y que es independiente de la duración absoluta», dice Freud; independencia del tiempo, cuestiona así la idea de continuidad, que resultaría, por tanto, mítica. «Vale por su

significación» y está inmerso en el sentido de objeto perdido y entendemos que el objeto se vuelve perdido ya en ese momento de significación que produjo su efecto (sensible).

El tiempo, yendo de lo virtual a lo actual, es una mirada estructural, genera esa «pérdida» del objeto en el mismo instante que tiene su efecto de sentido para el sujeto.

El trastorno de ese procedimiento del *duelo* genera mucho de lo que nos ocupa. Procedimiento, procesamiento, es tránsito del sujeto en su encuentro con el otro, que podrá dar cuenta de la depresión. Un no duelo, una imposibilidad de «abandonar los objetos perdidos».

Como decía Freud, la fuerza de lo bello está en su significación, en el *valor de representar* una vivencia, una idea, instaurando una disponibilidad, representaciones que son en sí mismas testimonio de la pérdida ya acontecida. Y esto es placentero, gozoso, cuando Freud describe la impronta de su mirada al paisaje perecedero. Transitoriedad, que por ser pérdida y vivida realmente como tal, permite a Freud disfrutar de ese objeto evanescente, paisaje perecedero.

Si lo importante es la significación, lo que impide ese procesamiento de duelo, el dolerse por la pérdida, es precisamente la fallida significación. Así, en lo que llamamos *pérdida del objeto* acontecerá en realidad una *pérdida del sujeto*. Toda relación de objeto es, en realidad, una relación de falta de objeto, para que haya disponibilidad de sujeto de deseo. Es esa falta de objeto la significación cumplida de la que hablaba Freud. Objeto siempre perdido, será solo reencontrado (los sucesivos objetos libidinales). Significación, simbolización, es inscripción de una pérdida para disponer del símbolo, construcción que ordena o articula algo vivido; metáfora que es vía y realización, a la vez, de dicha significación.

Esa tarea de significación es tarea que se da en el encuentro del niño con su madre que dará lugar y espacio, perspectiva simbólica para que dicha significación acontezca.

Y el *testimonio de esa simbolización* será, en la perspectiva lacaniana, el objeto *a*, que es en parte el otro de las identificaciones especulares (objeto de identificación), pero al mismo tiempo aquello que ya no se tiene, resto que se pierde en toda la simbolización —objeto perdido—. Cara objeto del sujeto, dice *Juranville* (1984).

El denominarlo así ofrece la perspectiva de ubicar los procesos de pérdidas como constitutivos de la estructura. Nasio (1985) lo define como una especie de constante de las pérdidas en la historia *del deseo de un sujeto*.

La *relación de objeto* en dicha relación de estructura se juega en la tríada *frustración, privación, castración*, en relación, a su vez, con los tres registros: Simbólico, Imaginario y Real. Y en esta perspectiva, el objeto es siempre una falta de objeto, motor del deseo y *origen* de la fantasía.

La *frustración*, verdadera piedra angular en este tema, no es sino un modo de nombrar en el vínculo con el otro (lo que el otro —la madre— ejerce sobre el niño) el procesamiento de la radical pérdida del objeto, la aparición de la falta del objeto que va a permitir la emergencia del deseo. Piedra angular porque tanto determina la estructura normal como desencadena sus fallas. Nombra entonces, en lo vincular, el proceso de afirmación y expulsión, que Freud describe en *La negación* (1925/1979b), en su vínculo con la prueba de realidad y del origen del juicio: la pérdida inicial. Allí describe una situación *de* pérdida instauradora de la posibilidad de pensar.

Discernimos una condición para que se instituya el examen de la realidad; tienen que haberse perdido objetos que antaño procuraron una satisfacción objetiva (real).

La afirmación como procura de una satisfacción objetiva (real).

La afirmación como *sustituto* de la unión, pertenece a Eros, y la *negación* sucesora de la expulsión, a la pulsión de *destrucción*.

[Se trata de que] la creación del símbolo de la negación haya permitido al pensar un primer grado de independencia respecto de las consecuencias de la represión.

Lo que está pues en juego es un proceso de separación (hay *pérdidas, expulsión y afirmación*) que genera símbolos que se vuelven el «sustituto», «certificado de origen de la represión». Momento constitutivo del pensar para Freud que supone la reunión, la aceptación de la pérdida con la expulsión *como mecanismo*.

Dicha alternancia de pérdida y reunión impregna los avatares de la relación con el otro: el niño y su entorno, abarcados en la tríada ya mencionada (*frustración, privación, castración*).

En torno a la frustración, Lacan (1956-1957/inédito) subraya que en la medida que algo demandado puede ser rechazado, es que ese pedido puede articularse *en* el orden simbólico. Para que ocurra dicha articulación, es tan importante el pedido como su posibilidad de ser escuchado (y no ser satisfecho).

De allí que el *no* de la negación freudiana podemos verlo no solo como un mecanismo autónomo: jugando en la relación con el otro, aparece como un elemento que se resignifica en el concepto de frustración.

La *frustración* implica una pérdida en lo imaginario, en esa relación dual madre-niño, y refiere a un objeto real en juego y que puede ser, en un momento dado, la madre misma. La frustración es «asunto propio de la madre simbólica», dice Lacan (1960), y se refiere a que la madre enseña al niño a sufrir frustraciones, «a percibir bajo una tensión inaugural la diferencia entre pérdida e ilusión» (1956-1957/inédito).

En la *depresión* o en los momentos depresivos de la infancia, esta función materna falla o desfallece, se desarticula esta dialéctica separación-alienación en la constitución del deseo y lo que se exterioriza es la dependencia en su lado de exceso.

«La frustración tiene valor no solo inaugural sino que conduce a otra cosa: la castración. El momento de la frustración desemboca sobre otro plano, el del deseo» (Freud, 1956-1957/inédito).

Pérdida resignificada a lo largo *de* la evolución libidinal, la cual va marcando su misma impronta en las identificaciones, desde la primera especular a la de los ideales.

Frustración que podemos pensar como un elemento que integra el duelo. Se mediatizan las pérdidas por la disponibilidad de fantasías. Es decir que esta habla de la caída y pérdida del objeto *a*. Es una instancia de articulación de los tres registros que quedan así anudados en un corazón que será el *a*, lugar ahora que nombra en minúscula el objeto perdido.

El proceso del duelo abarca así la pérdida, el anudamiento de registros, disponibilidad del fantasma; al mismo tiempo, el recuerdo permite, ahora sí, dolerse de lo perdido. El desasimiento de lo perdido como correlativo de la individualización.

En los momentos melancoliformes de la infancia ocurren borramientos de dicha articulación.

Una demanda sin respuesta (exceso o carencia de frustración) impide atravesar el duelo del objeto. Lleva a retomar la imagen más arcaica de la madre omnipotente, el Otro no borrado.

El lugar del *a* no se tapa con los sucesivos objetos metonímicos, la fantasía, y su relación con el otro remite al momento en que el *a* es la madre, no ya el semejante en el extremo del eje narcisista en la relación dual, sino Otro Absoluto que se aproxima a la Cosa. Ocurrencia que detiene o imposibilita la caída del objeto *a*, la pérdida. No se dispone del lugar que dicha pérdida determina y no hay lugar para la fantasía (el sujeto se confunde con el objeto). No hay disponibilidad de fantasía. No ya la omnipotencia o la negación, que son ambos procesamientos simbólicos, fantasías que hablan de la articulación S. I. R. Se vuelve eso imposible (unión con la Cosa), y no habiendo deseo de deseo, no se promueve ninguna pérdida. Y ante la angustia de una presentificación tal de lo siniestro, al niño no le quedan muchas respuestas.

Surgen entonces la *depresión* y la *melancolía*, no como ataque al objeto introyectado, sino como un defecto de simbolización donde no ocurre una pérdida simbólica.

Y esto, creo, es algo que podemos ubicar en la perspectiva freudiana de la depresión. Me refiero a su concepto de *inhibición* que desde el Manuscrito G (Freud, 1892-1899) a *Inhibición, síntoma y angustia* (1926/1979a) mantiene en la explicitación de la depresión. «Inhibición psíquica con empobrecimiento pulsional y dolor por ello» (Freud, 1892-1899). «Herida abierta», metaforiza Freud, «agujero en lo psíquico». «La sombra del objeto recae sobre el yo», dirá años más tarde. Podemos verlo como un modo de nombrar las peripecias de la imagen especular, el doble, la relación imaginaria dual que, en vez de conducir a la pérdida en el campo del Otro, quedan en la depresión melancólica como pérdidas en el yo, dando lugar a fallas sucesivas en las cuales la frustración y la privación no organizan la castración y el avatar edípico.

Inhibición que se traduce en lo afectivo por todo el complejo sintomático del dolor, la tristeza, el abatimiento, la pérdida de interés, y que compromete el polo esencial del cuerpo en el marco de esa dificultad de simbolización, y allí *este se* hace acto, pero *no* acto en su *dimensión* de discurso que en modo similar a la palabra implica el sujeto de deseo y la

expresión de sus fantasías. Lo que emerge es algo del orden de la acción no sostenida por lo reprimido, esa aparición inquietante y sorpresiva que caracteriza el *acting-out* y el pasaje al acto.

Tal vez por esto, porque la expresión clínica (o sintomática) de esta afección son actos, comportamientos y trastornos del humor, es que se vuelven tan significativas esas captaciones singulares de Freud, aún en un contexto temprano de su pensamiento. En las Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, Freud (1918) comenta una presentación acerca del suicidio en la infancia (1910). Dice:

No hay que olvidar que el suicidio no es más que una salida, una acción, un desenlace de conflictos psíquicos y que lo que se trata es de explicar el carácter del acto y cómo el suicida viene a vencer la resistencia contra el acto del suicidio.

También señala que sería el miedo al incesto lo que lleva a los niños al suicidio. (*Miedo al incesto* que hoy podemos pensar, setenta años después, como la dificultad para el niño de acceder a la neurosis —dificultad para simbolizar la prohibición, la pérdida del objeto *a* y la castración—, perdiéndose él mismo en el avatar de dicha búsqueda).

Freud piensa algo de esto cuando dice que, en el suicida,

la pulsión de vida es vencida por la libido. La cuestión es saber en qué condiciones esta victoria es posible y cuándo ella conduce al suicidio en lugar de producir una neurosis. Según esto, *el suicidio no sería tanto una consecuencia, sino un sustituto de la psicosis*, aunque ambas formas puedan combinarse. (destacado mío)

Incesto o unión letal con la madre (como Otro Absoluto), ámbito narcisista donde no se posibilita la aceptación de ninguna pérdida. Desfallecimiento de la estructura donde lo edípico no logra preeminencia sobre las articulaciones narcisistas.

El *a posteriori*, que organiza desde la peripecia edípica los procesos de separación y pérdidas implica, a su vez, que representación y pensamiento se ven trabados.

Y lo que se manifiesta en la clínica es ese desfallecimiento simbólico. El acto es lo que hay que explicar, dice Freud. Es que no surge un síntoma, una solución de compromiso entre instancias. Lo que emerge es del orden del acto.

Aparece así el registro freudiano de la inhibición, o el lacaniano del desfallecimiento de la estructura. Están muy próximos aún en el resorte último de esa inhibición o desfallecimiento. Ambos hablan de un soltarse de las representaciones.

Freud (1892-1899) nos dice que «la soltura de asociaciones es siempre doliente. Mediante una hemorragia interna nace un empobrecimiento de excitaciones, de acopio disponible, que se manifiesta en las otras pulsiones y *operaciones*» (destacado mío).

Por otro lado, desde la perspectiva lacaniana se habla de aflojamiento del sujeto en la cadena significante, un no disponer del objeto del fantasma y el surgimiento de la angustia que lo conduce al *acting-out* o al pasaje al acto. Aflojamiento significante con conservación de lo imaginario en el *acting-out*, o el patético soltarse de ella en el salto a lo real del pasaje al acto (Lacan, 1963/inédito; Cottet, 1985; Gauguin, 1987).

Acciones que no tienen valor estructurante, valor metafórico (más que para el que las «escucha»). Huida o sideración. Ni el *acting-out* ni el pasaje al acto tienen el estatuto del acto en su efecto significante como lo tiene en cambio el acto-gesto-juego del discurso infantil.

Aflojamiento del sujeto de su propia cadena significante para no enfrentarse a la angustia ante la ausencia del deseo del Otro. Así, esto se evidencia en la dependencia hostil con respecto a la madre, con ese aumento de la tendencia a seguirla en las protestas y exigencias constantes, huidas provocadoras, negativas a aceptar sustitutos maternos, rabieta y severas pataletas. Conjunto de signos con los que M. Mahler describe el estado de ánimo negativo en el niño pequeño y que puede oscilar en ciclos periódicos; y en la sesión analítica, los comportamientos que Melanie Klein describió como tentativas de suicidio inconscientes (golpearse, lastimarse o ponerse en situación de riesgo) no son sino esos *acting-outs* o a veces pasaje al acto, testimonio de movimientos melancoliformes, verdaderos agujeros de simbolización.

Las respuestas del niño en esos momentos puntuales que la frustración desencadena y que son del orden del hacer son signos, llamados; sin comprender el niño generalmente lo que hace, reclama un sentido que solo puede venir del otro. Expresión de la falla del aparato psíquico cuando se enfrenta a la angustia. Testimonio del fracaso en la pérdida del objeto (caída del *a*) que debe reintegrarse como posibilidad de pérdida en la verbalización, simbolización secundaria que propicia el discurso analítico.

Huida o sideración —decía antes—. Huida en un doble registro:

- el de los actos de fugas, huidas reales más o menos significativas;
- la huida en lo psíquico, un aflojamiento significativo, el *acting-out*.

En este ámbito de las expresiones clínicas, se vuelve significativa la ubicación del *acting-out* que realiza Lacan en el seminario *La angustia* (1963/ inédito). Lo señala como testimonio de una falla en la función del duelo. Es que en tanto que suspensión de pensamiento, es al mismo tiempo una instalación en la demanda (no duelo, no pérdida). Búsqueda en el otro de ese don (de amor) que reafirme su unión, y en la insistencia solo se establece la persistencia del pedido que atestigua esa unión (que se vuelve soldadura). Sin desunión, sin barra, sin separación, no se instituye el sujeto deseante. Se queda en la demanda que se vuelve caricatura, escollo del deseo. Un modo de expresión de no disponer de ese elemento simbólico (muerte de la cosa y aparición del símbolo), es cuando la palabra se vuelve acto. En una dimensión concreta, real, no metafórica, de llamado al otro. Obliga al otro a atender algo que lo conmociona (con-mueve) y entran todos los órganos de los sentidos en juego. La palabra estalla en sus múltiples «raíces» corporales, se vuelve acción, movimiento, acontecimiento (huidas, rabietas, accidentes) o sideración, inhibición de la acción, el temido tedio, aburrimiento que también connota el peligro del silencio y la muerte (tirarse o dejarse morir).

Singular espacio, este, de las manifestaciones clínicas de la depresión en la infancia. Signada por comportamientos (de menor o mayor impacto), no se deja ubicar fácilmente en las conceptualizaciones psicoanalíticas.

Ni síntomas ni fantasías, el *acting-out* y el pasaje al acto ocupan un lugar complejo y difícil de sistematizar.

La distinción entre el *acting-out* y el *pasaje al acto* corresponde a sucesivas propuestas realizadas por Lacan (1956-1957/inédito, 1962-1963/inédito) y profundizadas luego por analistas lacanianos (Gauguin, 1987).

Sin pretender abarcar todos los matices que surgen de dichas reflexiones, señalaré, no obstante, que en general al *acting-out* se lo entiende como la disolución simbólica con conservación de lo imaginario, mientras que en el *pasaje al acto* habría una disolución imaginaria, escapando en lo real a toda inscripción significativa. Y en relación con el objeto *a*, ambos serían respuestas a la irrupción de dicho objeto en escena derivadas de la angustia ante lo real. Huida del *a* en el *acting-out*, fusión con él en el *pasaje al acto*. Habría en este último caso un instante último de identificación con el objeto *a*, eso que debería haberse perdido de haber existido respuesta en el otro. Se pierde ahora radicalmente en dicha fusión en ese encuentro con lo real del no deseo del Otro, dando cuenta así de esa irresistible tendencia al suicidio de los hijos no deseados. ♦

RESUMEN

Tomando algunas ideas acerca de la etiología de la depresión en la infancia, se plantea la posibilidad de pensar el desamparo psíquico como la dificultad en un momento dado de disponer de la capacidad de simbolización (pensamiento, verbalización).

El desamparo para el sujeto es máximo en esos instantes de angustia en los que, no disponiendo del símbolo, estalla en actos que son, a su vez, expresión inequívoca de tal reclamo. Se toma el concepto de frustración para articular allí la importancia del otro y su compromiso libidinal para hacer efectiva la función simbólica de la pérdida real.

Finalmente, se realizan algunas consideraciones acerca de la expresión clínica de la depresión en la infancia donde quedan apoyadas las consideraciones teóricas acerca de la dificultad de simbolización como resorte etiológico. Así, las expresiones clínicas son del orden del acto, no sostenidas por su efecto significante. *Acting-out* y pasaje al acto como testimonios del borramiento de la palabra.

Descriptor: DESAMPARO / INFANCIA / ACTO / DEPRESIÓN / SIMBOLIZACIÓN

SUMMARY

Based on some ideas on the etiology of Depression in infancy, the paper tries to consider psychic helplessness as the difficulty met at a given moment for having the capacity to symbolize available (thinking, verbalizing).

Helplessness is at its peak for the subject in those moments of anxiety when, unable to resort to the symbol, he bursts in acts that are, at the same time, an unmistakable expression of that claim. The concept of frustration is used in order to articulate the importance of the other and its libidinal commitment so as to make the symbolic function of the real loss of the object effective.

Finally, the clinical expression of Depression in infancy is discussed to support the theoretical considerations about the difficulty in symbolization as an etiological factor. Thus, clinical expressions relate to the act, not

sustained by their signifying effect. Acting out and enactment as testimony of the way the word is erased.

Keywords: HELPLESSNESS / INFANCY / ACT / DEPRESSION / SIMBOLYZATION

BIBLIOGRAFÍA

- Cottet, S. (1985). La belle inertie: Note sur la dépression en psychanalyse. *Ornicar Revue du Champ Freudienne*, 32, 68-86.
- Freud, S. (1986) Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Manuscrito G. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 1). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1892-1899).
- (1979a). Inhibición, síntoma y angustia. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 20). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1926).
- (1979b). La negación. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 19). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1925).
- *Minutes de la Société Psychanalytique de Vienne* (vol. 2). París: Gallimard. (Trabajo original publicado en 1918).
- Gauguin, M. (1987). El acting out, el pasaje al acto y la transferencia analítica. En J. D. Nasio (comp.), *En los límites de la transferencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Juranville, A. (1984). *Lacan et la philosophie*. París: PUF.
- Lacan, J. (1960). *L'ethique en psychanalyse*. (Inédito).
- (1962-1963). *Seminario: La angustia*. (Inédito).
- (1956-1957). *El seminario de Jacques Lacan, libro 4: Las relaciones de Objeto y las estructuras freudianas*. (Inédito).
- Mahler, M. (1966). *The depressive effects in psychoanalysis: A general psychology*, Int. Univ. Press.
- Nasio, J. D. (1985). *El magnífico niño del psicoanálisis*. Buenos Aires: Gedisa.
- (1987). Las formaciones del objeto a. En J. D. Nasio (comp.), *En los límites de la transferencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.